

Antonio Rodríguez Jiménez, *La sociedad secreta de los poetas. Estéticas diferenciales de la poesía española contemporánea*, Barcelona, Ediciones Carena, 2017, 591 pp.

En este extenso volumen que casi roza las seiscientas páginas, el poeta, crítico literario, periodista, gestor cultural y docente universitario Antonio Rodríguez Jiménez (Córdoba, 1956) ha reunido sesenta y cuatro escritos sobre la problemática planteada acerca de la cuestión de la “Diferencia” en la poesía española del siglo xx. Precedidos de un breve preliminar, en el libro se suceden media docena de textos acerca de la historia del movimiento de la “Diferencia”, y luego se ofrecen cincuenta y ocho estudios en torno a otros tantos poetas españoles que pueden ejemplificar lo que se entiende por dicho concepto en virtud de los respectivos rasgos de perfil diferencial que en ellos se advierten.

Han transcurrido tres décadas desde que comenzó a plantearse el antes citado asunto y hasta la publicación de este volumen. La génesis de la cuestión se originó en 1986 desde las páginas del tan interesante suplemento del diario *Córdoba* denominado *Cuadernos del Sur*. En esas columnas se promovió ese movimiento para defender la libertad creativa de los poetas, hurtándola de los condicionamientos ejercidos sobre ellos por concepciones teóricas que la cohartaban en forma de tendencias o corrientes estéticas. Estas se fueron convirtiendo en mayor o menor medida en hegemónicas, llegando a comportarse como subinstituciones culturales dentro de una literatura institucionalizada.

Al no tratarse de una corriente, sino de un movimiento, la “Diferencia” no elaboró una doctrina sustentadora, ni tampoco mostró jerarquías poéticas individuales representativas. Como Antonio Rodríguez Jiménez fue testigo de privilegio del origen, defensa y desarrollo del movimiento, su testimonio excepcional lo avala para dar cuenta del mismo, y de sus vicisitudes, lo que se ha traducido en la elaboración de *La sociedad secreta de los poetas*, libro en cuyo subtítulo, *Estéticas diferenciales de la poesía española contemporánea*, se alude de manera explícita y sintética a las claves esenciales de su contenido.

Resultaba obligado esclarecer desde el principio, y así lo hace el autor del libro, que el movimiento no tuvo el propósito de suplantar a la corriente conocida como poesía de la experiencia, ni a cualquier otra de las más socorridas en los ochenta. El objetivo fue, más que el rescate de orillados poetas de valía, hacer una llamada de atención en pro de su calidad, dejada un tanto al margen en aras del predominio de tales tendencias, y sobre todo de la poesía de la experiencia, figurativa, o neorealista, por recordar formas habituales de designarla.

Un aldabonazo en la línea de defensa de la originalidad poética no adscrita a tendencias fue la sección que, desde septiembre de 1992, se creó en *Cuadernos del Sur* bajo el título de “Antología consultada de poetas no clónicos”, título en el que consta una palabra suficientemente explícita de lo que se buscaba: la reivindicación de aquellos poetas que por su ostensible singularidad no era hacedero comprenderlos

bajo el rótulo de clónicos. ¿Qué se entendió por poetas no clónicos? Serían los que mostraban acusada personalidad propia, no hacían seguidismo de otros que fuesen el ejemplo al que parecerse, ni secundaban formas y pautas hegemónicas, ni tampoco se acogían al calor de un grupo o de un clan, ni tenían poder directo o indirecto alguno en la institución literaria.

Los poetas no clonados partirían de la idea de que la poesía ha de conmover, porque es ante todo emoción. Como muestra mínima, cito un mínimo de nombres de autores a los que se hacía referencia: Leopoldo de Luis, Manuel Mantero, Jesús Hilario Tundidor, Juana Castro, Concha García, y otros muchos. En contraste con ellos, los clónicos serían aquellos cuyas características ya se expusieron como contrafaz de los no clónicos, además de poder decirse de los tales que parecen “tener miedo a la poesía que busca al hombre en el interior del hombre mismo.” (34)

Pedro J. de la Peña ha sido uno de los más acerados críticos del estado de cosas de la poesía española a partir de los noventa, y en *La sociedad secreta de los poetas* se presta la debida atención a sus diagnósticos. Una de sus observaciones consistió en subrayar la a su juicio desmesurada producción poética de las últimas décadas, un fenómeno sin precedentes en la historia literaria. En su opinión, el estado de las autonomías habría sido uno de los máximos responsables de tamaña proliferación, merced al apoyo, por otra parte, lógico, a los escritores de una región determinada. Otra observación perspicaz es la de que las antologías han ido haciendo las historias de la literatura, y no al revés, que sería lo procedente, tal como había acontecido en el pasado. La consecuencia resulta obvia: los poetas no antologados tienen muy cuesta arriba que se les tenga en cuenta tanto por la crítica como por los historiadores literarios, y ocurre que los antologados suelen serlo por atenerse a las estéticas dominantes.

A uno de sus artículos de *Cuadernos del Sur*, el aparecido el 18 de junio de 1998, Pedro J. de la Peña le puso el título de “Los epi-agónicos del siglo XXI”. En ese escrito advertía que “El epigonismo actual está desintegrándose ya, pero no bajo los efectos de quienes lo criticamos desde fuera, sino bajo el impulso de una realidad superior que es el dinamismo de la historia, que no soporta la disecación permanente” (66).

Rodríguez Jiménez justifica la aparición del movimiento de la Diferencia en la necesidad que en su momento sintieron muchos autores de reaccionar ante la progresiva imposición de determinados modelos de poesía, en lo que tuvo no poco que ver el impulso que se les dio desde el ámbito editorial barcelonés, por mediación sobre todo del crítico José María Castellet, promotor de dos famosas antologías de sobra conocidas y que están en la mente de cualquiera no desinformado. El autor de *La sociedad secreta de los poetas* entiende que es muy dificultoso conocer la verdadera realidad de la poesía española actual no solo por la ingente cantidad de lo que se ha ido publicando, sino también por los silencios interesados respecto a algunos poetas dignos de atención, y por las “guerras habituales entre taifas y escuelas.” (56)

De ser así, no extraña que tantas veces sea infructuoso cualquier esfuerzo de los poetas por ser reconocidos en otros países, cuando en el suyo han de abrirse paso a codazos, amén de sortear zancadillas y ninguneos sin cuento. Observación relacionable

con la anterior es la de que de la poesía española apenas se dice algo en Europa. Menos va a decirse, por consiguiente, en África, Asia y Oceanía. Y donde algo se dice, añadido, es en Estados Unidos, si bien la parte del león se la lleva García Lorca, y acaso también Miguel Hernández, aunque en mucha menor medida, y en el bien entendido de que siempre nos circunscribimos, no al ámbito universitario en general, sino a una porción de universidades concretas.

En “De la línea interior a la actualidad” son comentadas varias antologías a las que se incorporaron poetas de la Diferencia. Entre las distintas apreciaciones valiosas de este capítulo destaco la de que, en la actualidad, y en contraste con siglos precedentes, el éxito literario no lo marcan los lectores, sino el criterio de una veintena de personas, la inclusión en antologías, el aprecio de críticos a menudo excluyentes, y el figurar en el catálogo de editoriales punteras en el ramo comercial de la poesía.

Tras haberse referido al concepto y a los altibajos del desenvolvimiento histórico de la Diferencia, Antonio Rodríguez Jiménez enumera a los poetas “islas” a los que estudia en la segunda sección de su libro. Pudo haber relacionado a muchos más en esa nómina, sin duda. Como ilustración, me limitaré a hacer mención de un par que no están entre los estudiados: el malagueño Rafael Ballesteros y el jiennense Manuel Ruiz Amézcuca.

Finalmente, señalaré que no cabe en los límites esperables de esta reseña el comentario pormenorizado de lo que Antonio Rodríguez Jiménez ha desentrañado en cada uno de los poetas que estudia, a fin de revelar su particular singularidad diferencial. Una sola apostilla voy a permitirme: creo que hubiese sido más procedente que los trabajos sobre los poetas se hubieran ordenado y sucedido en el libro de acuerdo con la secuencia histórica de las diferentes promociones literarias comprendidas en él.

José María Balcells